

Nuestra historia de amor

Yo aún no sabía lo que era el amor cuando ya me habías roto el corazón.

Eran muchas las cosas que me quedaban por descubrir, ciertamente, cuando aprendí que lo nuestro no sería un amor rutinario, de paseos por el supermercado los viernes por la tarde y comidas familiares los domingos. No podía ser una historia al uso, porque yo no trataba con algo normal. Lo nuestro era tan sincero que iba a doler, a desgarrar como sólo pueden hacerlo los sentimientos candentes, a definir una vida por sí misma. Lo nuestro iba a ser alegría, y tormento, y triunfo, y tragedia. De aquello solo podría salir la más bella de las historias o el más amargo de los relatos, porque las pasiones grandiosas no entienden de tonos grises ni medias tintas. Y al final, como la vida misma, aquello ha sido, es y será todo eso, y mucho más. No se puede luchar contra las fuerzas del universo y las pulsiones del corazón.

No es fácil explicar como supe de ti, pero lo cierto es que irrumpiste con violencia en una vida que hasta entonces discurría sin complicaciones, entre tardes interminables de lectura de cómics, batallas imaginarias contra enemigos invisibles y visionado de películas de serie zeta que irremediamente acababan provocando tantas risas como terrores bajo las sábanas. Siempre he presumido de buena memoria, y por eso me resulta complicado aceptar el hecho de que cuando intento recordar aquel día todo aparece difuso, ni tan siquiera distorsionado, porque no se puede distorsionar lo que nunca ocurrió. El pasado es un lugar estresante, a la par que tramposo: tan pronto se puede revivir el detalle más nimio con total nitidez, como podemos ser incapaces de ver algo distinto a una mancha distorsionada cuando tratamos de recordar la primera vez que vimos a la mujer que nos enamoró para siempre. Son los misterios del corazón, que nunca deberían desvelarse. Supongo que fueron los nervios del momento, o la emoción del que conoce lo inesperado por primera vez, o simplemente un niño emocionado que empieza a descubrir la aventura de la vida. Quizá fue solo el destino, caprichoso y burlón. No lo sé, y no me importa. Pero ocurrió. Y eso, solo eso, es lo que cuenta.

Lo recuerdo como si fuera ayer. O no. Es extraño, a veces rememoro ese momento con la ternura de la niñez y la complacencia de los viejos tiempos, y otras con el escalofrío que provocan las heridas que nunca llegan a curar del todo. La nostalgia es peligrosa y los recuerdos suelen traicionar al alma del que los evoca, ojala lo hubiera sabido ya por aquel entonces. La única realidad es que un día me descubrí sufriendo, atormentado por un puñado de gloriosos bastardos, once milanistas desalmados que hicieron escarnio de mi Madrid del alma. Porque sí, yo era poco más que un bebé ignorante, pero ya te llevaba muy dentro, como sólo se puede llevar a las cosas que hacen que merezca la pena vivir. Cinco goles a cero y once héroes ultrajados por unos villanos de opereta con una camiseta ridícula, tan vulgar al lado de la pulcra elástica blanca, tan imponente como la misma muerte. Aquello no podía ser, porque en mi mundo los blancos nunca perdían, ni se doblegaban, ni acababa la película si los malos van venciendo. Pero es que mi mundo no atendía a las razones de la lógica, ni mi Madrid contaba entre sus filas con John Wayne ni Peter Parker. Fue mi primera derrota, el desengaño que nunca se olvida, las lágrimas más sinceras que jamás han caído por alguna mejilla. Ese es mi primer recuerdo de ti, ¿no te da vergüenza? No, claro que no. A mí tampoco.

No fue la última vez que me hiciste sufrir, pero no por esperado dolió menos. Porque después vinieron los infaustos días de Tenerife, y la vez que permitiste que nuestro enemigo más íntimo nos robase a nuestra diosa por primera vez, y aquella otra en que ese mismo miserable volvió a meternos cinco. ¿Cómo pudiste consentir aquello, sabiendo lo que me dolió la primera vez? Y a pesar de todo yo seguí a tu lado, aunque todos me preguntasen con insistencia por qué padecía de aquel modo a una edad en la que sufrir debería estar prohibido. Ante semejante afrenta y muestra de ignorancia yo sólo podía contestar que aquello, justamente aquello, era ser del Madrid, claro, con la suficiencia y la soberbia que otorga saberse en posesión de la verdad y la clarividencia del que deambula por en el camino correcto. Como si a esas alturas aún tuviera que explicároslo, imbéciles.

¿Creíste que iba a rendirme, a desfallecer, a dudar de mi devoción a pesar de los malos momentos? Espero que no, porque yo jamás dudé a pesar de que solo me habías generado pena, dolor y traumas infantiles. Tenías que recompensarme por todo, porque yo nunca dejé de creer. Aquellos nombres que oí recitar a los viejos, aquellos triunfos lejanos que un día escuché con fervor, aquellas ensoñaciones de vino y rosas, nada de eso podía ser fruto de unos pocos años ya pasados ni quedar olvidado, como se olvidan los delirios febriles o se entierra a los mitos que borra el curso del tiempo. No, a mi me habían hecho creer que esto era diferente, y yo mismo había visto con mis propios ojos el orgullo del que clava la rodilla tras agonizar en vida y burlar la muerte. La bandera blanca solo se ondea tras hundir la bota en el fango, nublar la vista con sangre y cobrar cada metro con plomo y acero. La derrota había sido mi epifanía, la decepción mi rutina, la victoria mi anhelo. Ahora tocaba la gloria. Tocaba el Madrid.

Ya casi era un adolescente cuando supe lo que era el triunfo. Y no se si por ser tan deseado, o por el simple hecho de que fue la primera gran noche que recuerdo, aún puedo saborear las mieles de aquella Liga con la vividez con la que uno rememora el primer beso. No fue el título más grandioso, ni la victoria que recordaremos las noches de borrachera entre amigos ausentes y amores perdidos, pero siempre será el primero, y por ello será especial. Aquello supo a gloria, a consuelo, a éxtasis y redención. Aquellos días del año 95 siempre serán lo que siempre tuvo que ser y la antesala de lo que debería ser siempre. ¿Sabes de lo que hablo, verdad? Claro que lo sabes. Cómo olvidarlo.

Mayo del 98. La primavera de nuestras vidas. El final más feliz, el retorno de nuestro amor eterno, el fulgor que nunca debimos perder. La consecución de lo ansiado, la alineación de los planetas, la sincronización del karma. El molto longo, la celebración de Juanito, la venganza de la Quinta del Buitre. El tributo a Di Stéfano y Puskas, el homenaje a todos los que se fueron sin poder verlo, la recompensa por lo sufrido y la retribución por todos aquellos años de insufrible impaciencia. La espera más dulce, el partido más tenso, el gol de Mijatovic. La gloria, la felicidad más pura y la sensación de poder morir en paz, porque ya nada podría superar a aquello. Qué noche. Joder, qué noche. Tuve fiebre, lloré, reí, viví y creí. La madre de todas las celebraciones nos recogió a la luz de la luna, que también lo celebraba a su modo luciendo en la noche más blanca que jamás ha existido. Nos prometimos que no sería la última, que no pasarían otros 32 años para vivir algo así y que jamás volvería a reprocharte los reveses sufridos, porque algo así borraba de golpe cualquier recuerdo amargo. A cambio, solo te pedí que no fuera la última, ¿recuerdas? Y no lo fue, claro que no. No podía serlo, porque el espíritu y el sentimiento humano se alimentan de momentos como ese.

Crecimos, conservando el espíritu y alimentando el sentimiento. Yo me hice un hombre, y tú te convertiste en el rey del mundo. Éramos jóvenes, guapos y altaneros, tan arrogantes e inconscientes que creímos que los días de esplendor no acabarían jamás. Tu a tus cien años, y yo a mis veinte, comiéndonos el mundo a bocados antes de que el mundo nos devorase a nosotros. Truhanes y señores, oficiales y caballeros, triunfadores y valientes; tan soñadores fuimos que jamás aceptamos aquellas tres Copas de Europa casi consecutivas como un designio divino, sino como un proceso natural. El nihilismo del madridista no es negar a Dios, sino a todo aquello que no es el Madrid.

La gloria, como todo, no fue eterna. Nunca lo quisimos, no obstante, porque lo efímero de las grandes victorias es lo que las convierte en inolvidables. Y volvieron los malos momentos, y las pérdidas de identidad, y las consignas vacías que pretendieron suplir nuestra falta de inspiración, y en las que nunca creímos. Pudimos ser mediocres, pero nunca fuimos idiotas. Aquellos días extraños quizá fueron necesarios para evitar errores futuros, la inevitable caída a los infiernos que siempre precede a la redención. Pero no creas que te lo perdono todo, porque no es así. Nunca lo será, no a ti. Fueron demasiadas primaveras alejados de los mejores, demasiados años maldiciendo a una barrera que en ocasiones pareció infranqueable. Tanto fue así que incluso llegamos a plantearnos si aquello no era un cruel castigo motivado por haber ganado tanto, una especie de enrevesada y terrible justicia hacia aquellos que tuvieron la desgracia de no ser nosotros. Lo desconozco, como tantas y tantas cosas. Y pese a todo, jamás dejamos de soñar con tiempos mejores, porque hace mucho aprendimos que recrearse en lo malo no es la mejor terapia posible y que la autocomplacencia siempre suele preceder a la rendición.

Y todo volvió. Lo bueno y lo malo, las victorias y las derrotas, el ciclo que nunca termina por la simple razón de que no puede terminar. El caos de un sentimiento que es más grande que la vida y que nos sobrevivirá a todos, como aquellos héroes olvidados que regresarán para salvarnos en el momento más desesperado. La fe y la furia, el corazón sin razón, la magia que nos alimenta. El bucle eterno que un día comenzó y que solo finalizará cuando se acabe el tiempo y las estrellas se congelen, lo que ocurra más tarde. Porque si algo hemos aprendido en estos años, es que nada acaba. Nada de esto acabará nunca.

Se puede llamar amor, amistad o admiración sincera, yo no sabría definirlo. Probablemente sea un poco de todo, o un mucho de algo. Tan solo espero que no sea el único en haberlo vivido con esta intensidad, de un modo tan real que llega a quemar por dentro. Llamadnos locos, inmaduros, vanos o fútiles. Llamadlo como queráis, mientras brindamos como camaradas inmortales y celebramos nuestra suerte caminando al borde del abismo como funambulistas suicidas. De todas formas nunca nos ha importado, ¿verdad? Yo, simplemente, prefiero llamarlo Real Madrid.

José Antonio de la Gala Romero

